

ESTABA Jesús en la Perea, del otro lado del Jordán, cuando llegó un emisario de casa de Simón el Leproso a decirle que Lázaro, su amigo muy amado, estaba gravemente enfermo. A sus discípulos les extrañó que no se pusiera al punto en camino para Betania, y no comprendían por qué a los comentarios que hicieran, replicara que todo aquello redundaría en gloria para el Hijo de Dios.

Por fin abandonó Jericó, el lugar de las fuentes y de los vergeles, en donde tanto se conmoviera su corazón con Zaqueo el Rico, aquel que siendo de baja estatura, había subido a un sicomoro para poder verlo pasar.

Al salir con rumbo a la Judea les declaró: «Lázaro es muerto y huélgame por vosotros que yo no haya estado allí, para que creáis».

Tomás, llamado el Dídimo, iba de uno a otro de sus compañeros para que le desentrañaran el sentido de aquellas palabras, y murmuraba porque el Rabí no hablaba siempre con claridad...

Cuando se acercaron a Betania supieron que hacía cuatro días que Lázaro era muerto.

Las hermanas de Lázaro, Marta y María, seguidas de algunos amigos, vinieron a su encuentro, y María se derribó a los pies de Jesús y lloró y al verla afligida, Jesús lloró también.

Jesús preguntó en dónde lo habían puesto y lo condujeron ante el sepulcro cavado en una roca.

Era medio día y el sol brillaba sobre los campos todavía adormecidos bajo el frío del invierno.

Llegaron frente a la tumba. Nadie pronunció una palabra.

Jesús dijo: «Quitad la piedra».

Hubo que ir corriendo a buscar una barra. La trajeron y la losa que cubría la entrada de la gruta fué removida. Jesús dió un paso hacia adelante.

El silencio del campo se hizo más intenso y los presentes se quedaron inmóviles.

De pronto vieron como si la roca se estremeciera y un calofrío corrió a lo largo de cada espalda: pero era una lagartija que huía entre las grietas.

En una hendedura un enjambre de abejas había hecho su panal. Una abeja negra salió y rayó con su zumbido el silencio duro como de cristal que envolvía la escena.

Marta se acercó a la boca del sepulcro y volvió el rostro con disgusto.

«Señor, hiede ya, que es de cuatro días», murmuró.

La curiosidad quiso precipitar los circunstantes hacia la abierta sepultura, pero el movimiento se paralizó ante Jesús, que levantando los ojos exclamaba:

## Lázaro

Al margen del Evangelio de San Juan

=(De las Fantasías de Juan Silvestre).=

«Padre, gracias te doy que me has oído, que yo sabía que siempre me oyes; más por causa de la compañía que está alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado».

Luego llamó y su voz fué casi un grito que desgarró aquel instante:

«Lázaro, ven fuera».

Cada uno oía la sangre retumbar en sus sienes.

En la boca del sepulcro apareció una figura blanca y un olor a pudrición mezclado de aroma de áloes y mirra se esparció por el ambiente. Un niño comenzó a gritar agarrado a las faldas maternas. A alguien le castañetearon los dientes.

Lázaro salió, los miembros presos entre las vendas, y la cabeza envuelta en el sudario.

María cayó de hinojos y las otras mujeres la imitaron. Las rodillas producían un golpe seco al caer sobre los guijarros.

Lázaro seguía de pie en el umbral. Marta, que se había asido a la piedra, dominó su terror y tuvo piedad de su hermano, quien no podía casi moverse, y cuyos miembros se sentían flaquear bajo las ligaduras. Se acercó y con voz temblorosa por el temor y la ternura, dijo:—Lázaro, hermano mío...— y se echó a llorar, mientras le prestaba el apoyo de su cuerpo joven.

Transcurrieron unos minutos que dieron la sensación de lo que es la eternidad.

Pedro insinuó:—¿Por qué no le quitáis el sudario de la cabeza?

Marta procedió a hacerlo, pero sus manos, entorpecidas por la emoción, desgarraron la tela. Y la cabeza emergió de la envoltura: un rostro pálido, verdoso, enmarcado en espesa barba oscura. Los párpados se agitaron, los ojos se entreabrieron y la mirada huyó al contacto de la luz. Se abrieron otra vez pesarosos y se quedaron asombrados y fijos en el paisaje.

Judas propuso:—¿Por qué no se le quitan las vendas? Así no puede moverse.

Marta se volvió a María como para pedirle ayuda, pero ésta contemplaba arrebatada al Maestro, quien con los brazos sobre el pecho y la cabeza caída, parecía orar.

Tomás fué quien se acercó y comenzó a desarrollar las vendas de las piernas, y a palpar con sus dedos desconfiados los pobres miembros ateridos.

El enjambre que hacía su miel en las hendeduras de la roca se puso a

zumar agresivo en torno de los que vinieran a interrumpir su trabajo.

Andrés dijo:—No es posible seguir aquí con estas abejas...

Entonces se inició la desbandada—que era casi una huida—a la cabeza de la cual iban las mujeres vecinas y amigas de Marta y María.

Tomás y Marta llevaban a Lázaro y tras ellos seguían los demás.

¿Por qué Jesús no se acercó a Lázaro ni trató de hablarle?

Ninguno daba un paso sin mirar a hurtadillas al taumaturgo y al resucitado.

A las puertas de las casas asomaban rostros llenos de miedo y curiosidad, y unos perrillos flacos y sarnosos seguían la comitiva ladrando con tenacidad, y sus ladridos desentonaban en aquel ambiente de milagro.

Simón el Leproso que se adelantara desconcertado, esperaba a la puerta. Se veía enseguida que no hallaba qué hacer. Por fin se adelantó a dar el *selám* a los que se acercaban. Trató de detenerse ante Lázaro, pero éste pasó sobre él, sin fijarla, su mirada distraída, y las palabras de bienvenida a Jesús y a sus discípulos, parecieron inoportunas. Entraron, y María dudó si debía ofrecer el asiento de honor a Jesús o a su hermano, pero aquel la sacó de su embarazo, pues declaró que deseaba descansar bajo la parra de la entrada.

\* \*

La nueva del milagro se había extendido por el pueblo de Betania y la casa de Simón el Leproso fué invadida por gentes que acudían a cerciorarse.

El pobre Lázaro estaba sentado en el sitio de honor, todavía envuelto en el sudario y con las vendas colgando sucias de su cuerpo. En torno suyo había un círculo de curiosos que lo miraban y lo miraban, y que al menor movimiento que hacía, emprendían la huida dándose codazos y empujones; los niños y las mujeres gritaban aterrorizados. Un olor a carne putrefacta mezclado con el de los ungüentos con que se ungían los cadáveres y con el del sudor, flotaba en la sala y hacía el aire odioso al olfato. Cuando ya no podían estar más en la sala, se iban a contemplar a Jesús, que miraba en silencio el Monte Moría cubierto de nieve.

Marta vino a traer alimento a su hermano; hubo que quitarle para que comiera, las vendas que le ceñían los brazos al tronco. No pudo masticar, tan débil estaba, y cuando bebió, los tragos bajaban haciendo ruidos ridículos por sus entrañas. Alguien se rió y Marta dirigió una mirada de reproche a los circunstantes.